

PRESENTACIÓN FIESTA DE LA FAMILIA WEIMANN

Colonia Hinojo
1 de abril de 2007



Como en una película, hoy nuestro héroe es Don Juan Adam Weimann. Un pionero. Supo ver más allá de donde veían todos. Creyó que era necesario partir del Volga y venir hacia América. Era su sueño. No era una fantasía. Era un sueño, un anhelo, un deseo cargado de fe y de esperanza y con toda la fuerza necesaria para llevarlo adelante, cueste lo que cueste.

Desearía me acompañen un momento con la imaginación para remontarnos hacia el pasado y encontrarnos con este hombre, allá por los años 1870 en la aldea Kamenka, cercana al Río Volga. Procuremos imaginar sus pensamientos. No es nada sencillo. Sólo basta analizar como se vivía para darse cuenta que el sueño de migrar de Rusia hacia América era importante.

Se vivía mal, mucho trabajo, algunos éxitos, pero comenzaron a desaparecer algunas ventajas que permitían soportar esa vida. Pero cuando comenzaron a entrometerse con los hijos para convocarlos a la guerra, cuando quisieron rusificar sus costumbres, como obligarlos a hablar en ruso en lugar de la lengua materna, cuando parecía que se perderían todos los logros, apareció el

visionario, el que es capaz de ver hacia delante y junto con algunos compañeros comenzaron a plantear un viaje a América.

Del Volga a América? Tan desconcertante, tan difícil, tan casi imposible como pensar cien años antes, en 1770, y decidir salir de Prusia para viajar al Volga.

Este paralelismo de Don Juan Adam Weimann con su bisabuelo Johan Franz, que dejó su tierra de los principados alemanes, no es casual. Tampoco se vivía bien en aquella época. En realidad nunca se vivió como deseaban.

Por eso en la mente de estos hombres aparecen los sueños. Algo que permanentemente estaba en su cabeza, era la idea de “estar mejor”. Esa idea se repitió constantemente en nuestros antepasados como la razón mas importante para venir a América, para venir a Argentina.

Que coincidencia! Pero justamente debía ser así. Previamente a dos migraciones importantes, el viaje de los alemanes a Rusia, y el viaje de los Volguenses a América, la convocatoria era un grito: “ser mejor”, “vivir mejor”.

Pero qué significaba para ellos vivir mejor? pensaban en una tierra donde pudieran trabajar con libertad, que pudieran hablar su lengua, que pudieran mantener su religión, que pudieran celebrar sus matrimonios dentro de los que se consideraba la “unsere leit”, entre nuestra gente. Ser mejor y vivir mejor significaba que los hijos pudieran ser dueños de la tierra que labraban y si era posible con un poco de estudio, alcanzar un peldaño más alto que al que habían subido sus padres. Vivir mejor no sólo resultaba de agrandar la familia, sino también de enriquecer las posibilidad de vida para todos ellos, de preparar posibilidades de futuro; vivir mejor era no mirar al que está al lado con desconfianza, era compartir, era crecer, era acceder a la tierra y ver que con su trabajo ésta se multiplicaba, en lugar de dividirse. Que los hijos que tenían, crecían a su alrededor para trabajar, para alegría de la familia y para el sustento de la vejez, en lugar de verlos como en Rusia, separados o porque debían marchar a una guerra desconocida, o porque no había lugar en la tierra destinada.

Ser mejor y vivir mejor significaba que se podía ser un hombre y una mujer honesta, con una conducta ética intachable y a la vez ser reconocido como tal como un aspecto de dignidad y no de vergüenza.

Pero ser mejor, vivir mejor, no significaba facilidad, no significaba holgazanería, no significaba encontrar todo ya hecho. Había una cuota de esfuerzo y de sacrificio. Muy grandes. Como el sacrificio de emprender un viaje de

Prusia al Volga de casi 3000 Km que para recorrerlo hacía falta un año, de viaje duro en carros y en pequeñas embarcaciones donde no era tan seguro de que todo el mundo resistiría. Tan sacrificado como viajar cruzando Europa desde Rusia para embarcarse de nuevo, cruzar el mar y llegar a Argentina. Nada era fácil. Se necesitaba mucha convicción, mucha fe para iniciar esta aventura.

Este es el coraje y la convicción que tienen los pioneros, porque ellos conocen el sueño de que es posible ser mejor, el sueño de que es posible vivir mejor. Y ser pionero no es el que va delante, el primero: es el que conduce, el que convence, el que contagia. Por ello, luego de la llegada de estas primeras familias, le siguieron otra, y después otras y hoy pueblan la Argentina con un sello especial.

Pero el sacrificio no se acababa con el viaje. Cuando llegaron aquí no había nada. No era que no había celulares o tractores o computadoras. No había nada. No había herramientas, no había tractores y camionetas. Nada. Y el idioma, y las costumbres locales también dificultaban su instalación.

Es entonces cuando realizar el sueño tiene su momento más difícil; a limpiar la tierra, a sembrar y esperar, y mientras tanto construir casas, desarrollar la familia, armar la colonia o la aldea. Y a medida que comienzan a llegar los hijos, y aparecer los techos de las casas, aparecen también las cosechas. No siempre. Pero había que seguir adelante. Aparecerán las herramientas, aparecerán los éxitos con las cosechas y se multiplicará el esfuerzo. El campo comienza a tener herramientas, cereales y ganado. La colonia comienza a tener calles, arquitectura, colegios e instituciones solidarias. Pero el sacrificio no desaparece. Es el pionero el que sigue insistiendo en seguir adelante, en que aún no hay nada terminado. Ahí nuevamente es el pionero el que impide el desaliento, el que contagia laboriosidad, el que invita a la constancia y a seguir creyendo en el sueño de que es posible vivir mejor y ser mejor.

La última etapa de este sueño que tenía Don Adam Weiman ciertamente lo han realizado sus descendientes. Concretamente ustedes. La familia Weimann que está presente aquí, también la que está ausente porque no pudo llegar, también sus familiares y amigos, también todos los descendientes de esta historia, han hecho realidad el sueño del viejo Weimann. Entre estos descendientes tenemos personas de toda clase, que han luchado y que el éxito lo estamos cosechando los hijos, o los nietos o los bisnietos. Por eso aquí, hay chacareros, apicultores, constructores, obreros y comerciantes, ingenieros y prestigiosos profesionales, especialista en cereales y cabañeros, empresarios con iniciativa, académicos y doctores, químicos, religiosos, políticos, maestras, profesoras,

trabajadores de todo tipo, hombres y mujeres, con presencia, con dignidad con honestidad: todos ustedes están haciendo realidad este sueño.

Y deseo terminar con un poco mas de imaginación. Imaginemos a Don Johan Adam Weimann Schulmester con su sacón oscuro, su camisola azul, un poncho cubriendo su cuello, su pelos ensortijados y canosos despeinados por el viento pampeano, al lado mio, ya con 174 años, mirándolos a todos ustedes a los ojos. Ustedes también lo pueden ver con esos ojos magníficos de la imaginación y pueden escuchar lo que Don Adam nos está diciendo: Danke! Muchas Gracias! Muchas gracias familia Weimann!

Horacio Agustín Walter

Walter@bludisegno.com.ar

62 n° 1718 La Plata